

CLIII.

»Yo que la oía en lágrimas deshecho,
Mil cosas fui á decir, cuando en sombríos
Celajes se encubrió. Tres veces le echo
Al cuello los amantes brazos míos,
Y tres veces, ¡oh pena! los estrecho
Contra el burlado corazón vacíos,
Desvanecida á mi anheloso empeño
Cual humo vano ó fábrica de un sueño.

CLIV.

»La noche terminó con mi po-fía,
Y torné. Con portátiles haberes
Notable multitud llegado había,
Ausente yo, cabe el altar de Cérés.
Apellidanme todos jefe y guía:
«Contigo,» dicen, «á doquier esperes
»¡Ay! alejarnos del confin troyano,
»Rostro haremos al Ióbrego Oceano.»

CLV.

»Allí varones y hembras, niños, viejos,
Y larga y miserable muchedumbre.
Y ya anunciaban pálidos reflejos
Al sol, del Ida sobre la ardua cumbre.
Ocupadas las puertas á lo léjos,
Huye de auxilio la postrer vislumbre:
Cedo á la suerte: á recibir me inclino
Mi padre, y á los montes me encamino.

LIBRO TERCERO.

I.

«Después que el Cie'lo la inculpada gente
De Priamo y troyana monarquía
Derribó en tierra, y la ciudad potente
En círculos de humo perecía;
También por alta inspiración presente,
Mas sin saber por dónde el hado guía
O dó hemos de parar, labramos pinos
Que á otras playas nos lleven peregrinos.

II.

»Éramos cabe Antandro congregados
Al pié de Ida, y no bien pintó el estío,
Manda mi padre en brazos de los hados
Soltar velas del viento al albedrío.
Con llanto el puerto dejo, y los amados
Campos do Troya fué; y á la onda fio
Mi pueblo, y prole, y Dioses tutelares,
Y empiézome á engolfar en altos mares.

III.

»Cae por allá un país que Marte ampara
Y el austero Licurgo rigió un día;
Extensas tierras son que el Trace ara,
A quien ley de hospedaje nos unia;
Y viéronse sus Dioses en un ara
Con los Dioses de Troya en compañía
Cuando imperio feliz fuimos: ahora
Allí arribamos con humilde prora.

IV.

»Fundé en su corva orilla la primera
Ciudad, y á sus colonos apellido,
En mi memoria, Enéadas; mas era
Infausto el punto. Mal correspondido,
A mi madre la Diosa de Citera,
Y á los electos Númenes convido;
Y en balde un toro albo, como á solo
Rey de los Dioses, al Saturnio inmolo.

V.

»Era allí un cerro, y en su cima habia
De puntas erizado un mirto: atento
La ara á vestir de verde lozanía,
Acudo, y ramas arrancar intento.
Mientras raíces desvolver porfia
Mi mano (¡oh singular, oh atroz portentoso!)
Brotar contemplo de las ramas rotas
Sangre que el suelo empapa en negras gotas.

VI.

»De espanto helado el corazón flaquea;
Mas recobrado tiro de otra rama
Por descubrir lo que el prodigio sea,
Y otra vez sangre el vástago derrama.
Confuso, dando de una en otra idea,
Ya á Marte invoco que á los Getas ama,
Ya á las huéspedes Ninfas de la selva
Porque el signo de horror fausto se vuelva.

VII.

»Con ésta mira y con esfuerzo nuevo
Tercera rama desraigar decido;
Mas cuando, hincada la rodilla, pruebo
Su rigor á vencer, siento un sonido
(No sé si ose decir, ó callar debo):
Una voz funeral hiere mi oído:
«¡Ay! ¿por qué, Enéas, las entrañas mías
»Rompes? ¿No manches más tus manos pías!

VIII.

»Hijo yo fui de la nación troyan,
»¿Y al que ya conociste ofendes muerto?
»¡Esa sangre no es de árboles do manal
»¡Ah! ¡que de esta región huyas te advierto,
»Aurívora región, playa inhumana!
»Yo Polidoro soy: yace cubierto
»Mi cuerpo aquí de flechas homicidas,
»Ahora en ásperas ramas convertidas.»

IX.

»Adolorido, absorto me suspendo,
Sin voz, yerto el cabello. ¡Polidoro!
El mismo ¡ay! á quien Príamo, sintiendo
Vacilar en su mano el cetro de oro
Al amago de ejército tremendo,
Fió en secreto espléndido tesoro,
Y á que ajeno creciese á la desgracia,
A cargo le envió del Rey de Tracia.

X.

»Mas el perverso príncipe, copiando
En su porte mudanzas de la suerte,
Triunfante al ver de Agamemnon el bando
En contra del caído se convierte;
Y todo fuero con furor nefando
Atropella, y al mísero da muerte,
Y le asalta el caudal. ¿Qué de maldades,
Sacrilega sed de oro, no persuades?

XI.

»Vuelto en mí del espanto que me hiel
Hablo á mi padre, y á los jefes junto,
Lo que voz misteriosa me revela
Narro, y el parecer comun pregunto.
Todos proponen darnos á la vela
Y aquel sitio de horror dejar al punto;
No sin que al desdichado compatricio
Pagado hayamos el postrer oficio.

XII.

»Túmulo, pues, alzámosle de arena,
Y á los manes dos aras que guarnecen
Cipres y tristes fajas; la melena
Sueltan matronas que en redot parecen:
Altos vasos que ó leche tibia llena,
Ó sangre consagrada, allí se ofrecen:
La tumba al alma errante da acogida,
Y clamamos la eterna despedida.

XIII.

»Así las sacras ceremonias, graves
Cumplido habiendo, á la señal primera
Que el Austro da con hálitos suaves
De que onda masa nuestra flota espera,
Corremos á la mar: sacan las naves
Mis compañeros, cubren la ribera;
Cruzamos ya los líquidos desiertos,
Y atras irse miramos playas, puertos.

XIV.

»Allá en mitad de los Egeos mares
Hay una isla entre todas la más grata,
Que, Númenes por siempre tutelares,
A Dóris bella y á Neptuno acata:
Ella un tiempo rondaba los lugares
Convecinos; ya errante el mar no trata:
Apolo entre las Cíclades fijóla,
Y allí inmóvil contrasta viento y ola.

XV.

»Allí abordamos, y el dichoso abrigo
 Gozamos con que el puerto nos convida;
 Mientras de Apolo la ciudad bendigo,
 A darnos sale el Rey franca acogida.
 Anio en mi padre abraza á un viejo amigo;
 Anio, á quien, porqué al par que le apellida,
 Ministro un Dios, un pueblo Rey le nombra,
 Con la ínfula el laurel la sien le asombra.

XVI.

»Yo al templo secular devoto llego:
 «¡Buen Dios!» exclamó, «¡término seguro
 »Dá á nuestro error, á nuestro afan sosiego,
 »Dá fundar feliz prole y propio muro!
 »Nueva Troya lo llames, ó del fuego
 »Hurtados restos y de Aquiles duro,
 »Salva el tesoro, tú, que va conmigo;
 »Dí, ¿cuál norte, cuál voz, cuál rumbo sigo?»

XVII.

»Señal dá, en fin, y á nuestra mente envía
 »Tu inspiracion.» Callé, y en tal momento
 Ya el pórtico, ya el lauro se movía,
 Y el monte en torno retembló en su asiento.
 El velo que la trípode cubría
 Gimió; abrióse el sagrario: al pavimento
 Inclina mos las frentes confundidos,
 Y sacra voz hirió nuestros oídos:

XVIII.

«Fuertes Troyanos! ved que la fortuna
 »Hinchado el seno de la patria os muestra
 »Que á vuestra raza fomentó en la cuna;
 »¡Buscad, buscad la antigua madre vuestra!
 »Id; allí Enéas, sin mudanza alguna,
 »Cimentará su casa, y de su diestra
 »El cetro heredarán sobre las gentes
 »Hijos, nietos, lejanos descendientes.»

XIX.

»Habló Apolo; y llenó los corazones,
 Amargada por dudas, la alegría,
 Pues «¿Dó aquellas están patrias regiones?»
 Preguntábamos todos á porfía.
 Mi padre ya de viejas tradiciones
 Recuerdos en su mente revolvía:
 «¡Oid, nobles!» prorumpe; «yo el secreto,
 »Á vuestras esperanzas interpreto.

XX.

»Hay una isla en el mar, Creta nombrada,
 »Cuna ya nuestra, con su monte Ida,
 »Cuna tambien de Júpiter sagrada,
 »De cien ricas ciudades guarnecida.
 »Tróció el gran Teucro esa feliz morada
 »Con la retea costa: á su venida
 »Ni allí á Pérgamo halló, ni halló poblados,
 »Sino hombres por los valles derramados.

XXI.

»Él, si éstas que aprendí no son infieles
 »Memorias, los cimientos sociales
 »De Troya echó, y el culto de Cibéles
 »Trajo, con sus misterios y atabales,
 »Los carros con leones por corceles,
 »Los bosques sacros, y aún en nombre iguales.
 »¡Partamos! el oráculo dichoso
 »Allá nos llama, á la region de Gnoso.

XXII.

»Ni estamos léjos de su orilla grata;
 »Tres luces gastaremos. Falta sólo
 »Que aplaquen dones al que el mar maltrata,
 »Que amparo preste el que serena el polo.»
 Dice, y en la ara sendos toros mata
 A Neptuno y á tí, divino Apolo;
 Sendas ovejas al Invierno negra,
 Blanca á Favonio que la mar alegra.

XXIII.

»La voz se esparce que del patrio suelo
 Proscrito Idomeneo huido habia,
 Que á huéspedes librando de recelo,
 Creta sus puertas solitaria abria.
 Y así á Ortigia dejando, hendiendo á vuelo
 El mar, á Náxos báquica y sombría
 Costeando vencemos, á Oleáros,
 Verde Donisa y albicante Páros.

XXIV.

»Entrambos por las Cíclades ligeres
 Y el mar corremos de islas esparcido,
 Y emúlense, al pasar, mis compañeros
 Con clamores y náutico ruido;
 «¡A Creta! á Creta!» gritan vocingleros;
 «¡A nuestra patria, á nuestro antiguo nido!»
 E hiriéndonos en popa aura serena,
 Al fin tocamos la anhelada arena.

XXV.

»Fundé una villa, mi dorado sueño,
 Que Pérgamo llamé: del nombre ufanos
 A los colonos miro, y los empeño
 A alzar el muro y á arraigarse hermanos.
 Yace en la enjuta orilla el hueco leño:
 Yo dicto comun ley, reparto llanos;
 Y á cultivar se entregan los mancebos
 Nuevos lazos de amor y campos nuevos.

XXVI.

»Hé aquí, el aire infestando de repente,
 El contagio cruel sacude el ala;
 Infausto nuncio de estacion doliente,
 Los arboredos y sembrados tala:
 La vida va arrastrando falleciente
 Quien ya el aliento último no exhala;
 El Can ardiente estrago sordo hace:
 Marchito el lustre de los campos yace.

XXVII.

»Y, sustento negando yermo el suelo,
 Mi padre del oráculo divino
 Manda que vamos á implorar consuelo
 Tornando á abrírnos por el mar camino:
 Que cuál término, diga, al mustio duelo
 De este pueblo reserva peregrino;
 A quién habemos de acudir; á dónde
 Enderezar el rumbo corresponde.

XXVIII.

»Era alta noche y muda: en mi retiro
 Yacia yo, la mente aletargada,
 Cuando delante á los Penates miro
 Que hurté al incendio en la fatal jornada.
 Por mis ventanas, en su errante giro
 Lograba á la sazón la luna entrada,
 Y del brillo bañados macilento
 Ellos me hablaban con benigno acento:

XXIX.

«No temas,» me decían; «pues de parte
 De Apolo, que oficioso nos envía,
 Los destinos venimos á anunciarte
 Que él, volviendo tú allá, te anunciaría.
 Tu brazo nos salvó de adverso Marte,
 Librónos tu piedad de llama impía;
 Hemos seguido tu fortuna, y fieles
 Navegamos contigo en tus bajeles.

XXX.

»En grato premio á tu favor, mañana
 »Al cielo hemos de alzar tus descendientes;
 »Mas hoy, á esa ciudad que soberana
 »Herencia haremos de invencibles gentes
 »(Que esto es tuyo, no nuestro), el paso allana:
 »Lo harás, si en largo viaje no consientes
 »Reposo: asiento muda: el Dios profeta
 »No te brindó con descansar en Creta.

XXXI.

»Hay de antiguo un país, con apellido
 »De Hesperia por los Griegos señalado,
 »Pueblo en trances de guerra asaz temido,
 »Tierra asaz grata á la labor de arado.
 »Fué primero de Enotrios poseido,
 »Y hoy Italia se nombra, por dictado
 »De famoso caudillo procedente,
 »Si ya constante tradicion no miente.

XXXII.

»¡Ésta, ésta es nuestra patria verdadera!
 »Que allí Dárdano y Yasio nacimiento
 »Tuvieron; aquel Dárdano, primera
 »Cepa de nuestra raza. Tú contento
 »Vé, y de ello al viejo genitor entera
 »Por cierto. Y de Corito en seguimiento
 »A los ausonios términos navega.
 »Mansion en Dicte Júpiter te niega.»

XXXIII.

»Como esto ví y oí (no en sueños vanos
Eran; que bien las sienas discernia
Veladas, y los rostros soberanos,
Y áun bañaba en sudor mi frente fria),
Salto del lecho atónito: las manos
Extiendo suplicante; ofrezco pía
Libacion en mi hogar: de ahí contento
Corro á mi padre, y la vision le cuento.

XXXIV.

»Del doble origen la talacia siente
Él, y confiesa que sufrido habia
Con la antigua senal error reciente:
«¡Hijo,» así hablaba, «á quien la suerte impía
»Burla cruel! Casandra solamente
»Hizo de estos sucesos profecía;
»Y á menudo se oyó, recuerdo ahora,
»¡Hesperia! ¡Italia! de su voz sonora.

XXXV.

»Mas quién iba á pensar que á Hesperia iria
»Nuestra gente jamás? ¿Ni quién pudiera
»A Casandra creer? ¡Hoy, hoy nos guia
»Voz infalible que partir impera!»
Tal dijo, y aplaudimos á porfia.
Quedan algunos en la infiel ribera;
Y el áncora levando y la esperanza
El hueco leño al piélagó se lanza.

XXXVI.

»Cuando ya nos hubimos engolfado,
Y entre agua y cielo, al fin, no vemos cosa
Sino el cielo y el agua, azul nublado
Sobre mi nave sólido se posa
De lobreguez y tempestad cargado:
Con tristes amenazas espantosa
La ecúorea inmensidad se entenebrece,
Esfuérzanse huracanes, la onda crece.

XXXVII.

»¡Tristes! que arrebatándonos el viento
En la vasta extension, á golpe duro,
Relámpagos cruzando el firmamento,
Ciegos erramos sobre el ponto oscuro.
Todo es horror el húmedo elemento:
¿Es día? ¿es noche? el mismo Palinuro
Nada distingue; en negro torbellino
Sacudido del rumbo, perdió el tino.

XXXVIII.

»Ya tres dias llevábamos enteros
Y tres noches á oscuras, desmandados,
Cuando léjos notamos placenteros
Visos de tierra, y asomar collados,
Y humo al cielo subir. Los marineros
Las antenas calando arrebatados,
Asen del remo, y al batir continuo
Cubren de espuma el líquido camino.

XXXIX

»Al suyo las Estrófades, del seno
 Librados de las ondas, nos invitan:
 Ínsulas son que con renombre heleno
 En el vasto mar Jonio se acreditan.
 Allí, allí la terrífica Celeno
 Y las arpías de su casta habitan,
 Del tiempo en que de Fíneo y sus moradas
 Las alejó el temor, nunca saciadas.

XL.

»¡Arpías, horda atroz, monstruos furiales!
 Generacion igual jamás vió el mundo,
 Ni peste más cruel á los mortales
 Envio el cielo ni abortó el profundo:
 Alado el cuerpo, rostros virginales;
 Arroja el seno vil vestigio inmundo;
 Corvas manos y piés, garfios rapantes;
 Pálidos siempre de hambre los semblantes.

XLI.

»Aun no bien nuestra flota anclado habia,
 Cuando notamos por allí ganados
 Vacunos y lanares ir sin guia
 Ledos paciendo en abundosos prados.
 Hicimos en la grey carnicería;
 Brindamos con los fáciles bocados
 A los Dioses, á Júpiter; y á prisa
 Aderezamos la campestre mesa.

XLII.

»Ya el manjar succulento en sillas blandas
 De céspedes gustábamos. En esto
 Dejan sus montes las aéreas bandas
 Con ala resonante y salto presto;
 Nos rapan de revuelo las viandas;
 Todo lo manchan con su aliento infesto;
 Y fuera de ofender vista y olfato,
 El viento hieren con aulido ingrato.

XLIII.

»De ahí en el hueco de un peñon antigo
 Otra vez el banquete cauto extendiendo,
 De corvas selvas al repuesto abrigo
 Con sombra en torno de negror horrendo.
 Ya ponía en el ara el fuego amigo,
 Y otra vez de cien partes con estruendo
 Baja improviso el escuadron nefando,
 Y royendo revuela y escarbando.

XLIV.

»Al arma llamo; en la soez canalla
 Hacer estrago, en cuanto vuelva, ordeno:
 Y ocultamos á intento de batalla
 Entre las hojas y el verdor ameno
 Cuchillas y broqueles. Todo calla...
 Mas ya que por la orilla vió Miseno
 Que acuden en tropel, de una alta roca
 Do atalayaba, su bocina toca.

XLV.

»Corremos á la seña, en lid no usada
La ímpia raza á extirpar del mar salida;
Mas ¡vano esfuerzo! que lesion la espada
No hace en las plumas, ni en el cuerpo herida.
Infectan cuanto muerden de pasada,
Y hedor esparcen en su impune huida;
Y una de ellas, Celeno, en yerta altura
Infausta así con voz siniestra augura:

XLVI.

«Vinisteis á matar nuestros rebaños,
»¡Hijos de Laomedon! ¡manos impías!
»Y en guerra, de sus patrios aledaños
»Quereis lanzar, sin culpa, á las Arpías!
»¡Pues oid y temblad horribles daños!
»Catad lo que os anuncio en profecías
»La mayor de las Furias: trasmitiólo
»A Febo Jove, y á Celeno Apolo.

XLVII.

»Buscáis á Italia con errante quilla,
»Y cierto que con vientos aplacados
»Ireis á Italia, y cobraráis la orilla
»Que os díputan benévolos los hados;
»Mas no podreis la deseada villa
»Ceñir, sin que á expiar desaguizados
»Con fuerza ántes os mueva el hambre aciaga
»Tal, que aún las mesas devorar os haga.»

XLVIII.

»Dijo, y al bosque aleteando vuela.
Á influjo de su voz mis compañeros,
A quien la sangre de terror se hiela,
Con el brío deponen los aceros.
Ya con votos, con súplicas se apela
A pedir paz y á deshacer agüeros,
Ora malvadas y aves ominosas
Sean aquellas, ó terribles Diosas.

XLIX.

»Y vuelto Anquises hácia el mar, las manos
Extiende, y con solemnes sacrificios
Los Númenes invoca soberanos:
«¡Dioses!» clama, «¡torced tales auspicios!
»¡Dioses! ¡tales anuncios haced vanos!
»¡A un pueblo justo defended propicios!»
Dice, y cables soltar en el momento
Manda, y las lonas descoger al viento.

L.

»Cumplióse lo mandado; y ya hincha el Noto
Las velas que á sus soplos confiamos;
Merced suya, y en manos del piloto,
Entre espumosas ondas navegamos:
Zacinto se aparece, ameno soto,
En medio de la mar: Duliquio, Sámos;
Ardua y fragosa Néritos se ostenta,
Ítaca con escollos fraudulenta.

LI.

»Huimos de ellos, y del patrio clima
De Ulises maldecimos. Adelante
Léucates yergue su nublosa cima,
Apolo hace temblar al navegante.
Allá torcemos: fatigada arrima
A la humilde ciudad la flota errante;
Ya á proa el marinero anclas arroja;
Ociosos cascos la ribera aloja.

LII.

»En no soñado asilo aras enciendo
Do mis votos á Júpiter desato;
Y en tierra de Accio, celebrar emprendo
Juegos de Frigia. El patrio pugilato
Todos, desnudo el cuerpo, el cuerpo ungiendo,
Renuevan con ardor. Recuerdo es grato
Haber vencido riesgos y fatigas
Entre tantas ciudades enemigas.

LIII.

»El sol á la sazón su arial carrera
Concluía, y con hálitos glaciales
El cierzo aborregaba la onda fiera.
Fijé á un poste, del templo á los umbrales,
Combo escudo que el grande Abas trajera,
Y del caso en memoria, letras tales:
MONUMENTO GANADO Á LAS AQUEAS
TRIUNFANTES HUESTES : CONSAGRÓLO ENÉAS.

LIV.

»Llamé al remo; y dejamos, con suspiro
Del batido oleaje, las arenas;
Pronto las cumbres de Feacia miro,
Y tórnanse á esconder, vistas apénas.
Llegamos al Caonio puerto, á Epiro
Costeando, y pedimos las almenas
Excelsas de Butroto. Aquí una nueva
Dichosa hallamos que increíble eleva.

LV.

»Oigo que en griego territorio impera
Heleno, hijo de Príamo, debido
A ser de la viuda y heredera
De Pirro, nieto de Éaco, marido;
Que así el antiguo rango recupera
Andrómaca. Turbado, conmovido,
De amor llevado, de ansiedades lleno,
La playa dejo y flota, y voy á Heleno.

LVI.

»Hé aquí con sacros funerales dones,
Ántes de la ciudad, en selva umbría,
Cabe un fingido Símois, libaciones
Al caro polvo Andrómaca ofrecia;
Y los manes con tristes oraciones
A la tumba llamaba, que vacía
De verde césped, á Héctor dedicara,
Y una, motivo al llanto, doble ara.

LVII.

»Tal Andrómaca estaba en el instante
En que, subiendo yo por el camino,
A mí propio y las armas delirante
Vió de Troya; y del caso peregrino
Pasmada al punto queda: vacilante,
Perdió el rostro el color, la planta el tino;
Y solo á obra de tiempo el labio mudo
Articular sueltas palabras pudo:

LVIII.

«¿Que en fin te miro en corporal figura?
»Hijo de Vénus! ¿mensajero cierto
»Me apareces? ¿áun gozas la aura pura?...
»Ah! ¿y Héctor dónde está, si ya eres muerto?»
Esto dijo llorando, y la espesura
Llenaba su clamor. Su desconcierto
Febril, dejóme sin respuesta; al cabo
Mal breves frases anheloso trabo:

LIX.

«No dudes; palpas realidades. Vivo,
»Y á cien peligros arrojé mi vida;
»Mas véme: salvo á tu presencia arribo.
»Ah! ¡y de tan gran varon destituida,
»Pobre mujer! ¿te vuelve el hado esquivo
»Algo de tu ventura merecida?
»Tú, la Andrómaca de Héctor venturosa,
»¿Yaces aún avasallada esposa?»

LX.

»Ella el rostro inclinando, recobrada,
Con voz sumisa su dolor expresa:
«¡Oh entre todas nosotras fortunada
»Tú, inocente beldad, jóven princesa,
»Que al pié del patrio muro, por la espada
»Fuiste á morir sobre enemiga huesa!
»Que ni suertes sacaste á tu despecho,
»Ni de amo vencedor serviste al lecho!

LXI.

»¡No así la que incendiados sus hogares,
»Sufrió á un duro jayan, de raza altiva
»Sufrió el rigor, y por remotos mares
»Anduvo errante, y concibió cautiva!
»Y despues que probé tantos azares,
»El tirano raptor en llama viva
»Por Hermíone ardió, nieta de Leda,
»Y á Esparta corre do en su amor se enreda.

LXII.

»Entónces á un esclavo dió su esclava;
»Cedióme á Heleno. Oréstes que veía
»Quitársele su esposa, se abrasaba
»De amor, de ardor furial, de rabia impía;
»Y ante el paterno altar á hierro acaba
»Desprevenido á su rival un dia;
»Con que Heleno, de siervo que ántes era,
»Cobró aquestas regiones en que impera.